

potencial de perfección al actual es la educación. Paciencia no pequeña necesita para leer tales desplantes quien viene durante muchos años dedicándose á la grande obra de la educación como miembro de un Instituto muchas veces secular, que nunca tuvo otro fin, y que se honra con la paternidad del insigne aragonés José de Calasanz, quien dedicó su larga existencia casi exclusivamente á propagar más con obras que con palabras aquel pensamiento, al que dió á mayor abundamiento realidad perdurable, encarnándolo en una sociedad religiosa, que el mundo culto conoce con el nombre de Religión de las Escuelas Pías.

Y no es que pretendamos excluir del mundo culto á Alemania, pues á tan culto país pertenecen Seyfert que publicó en Halle el año 1785 una obra en dos tomos con el título de «Ordensregeln der Piaristen» Reglas de la Orden de los Piaristas (Escolapios), y Brockhaus quien en la 30.<sup>a</sup> edición de su Léxico publicada en Leipzig el año 1836, título «Piaristen» dice: «Los Piaristas ó Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, y también Padres de las Escuelas Pías, que en Polonia se llaman Piores, constituyen una Orden religiosa católica, cuyos miembros, además de los tres votos ordinarios de Pobreza, Castidad y Obediencia, hacen el de educar gratuitamente á la juventud. Esta orden fué fundada en 1607 por el noble español José de Calasanz fallecido en Roma en 1648, confirmada por Gregorio XV en 1621, y favorecida por Inocencio XII en 1698 con los importantísimos privilegios de las Ordenes mendicantes. Los Piaristas tienen por fin la educación del pueblo en provecho de su Iglesia, (es protestante el que esto escribe) y en su constitución y hábito se parecen á los Jesuítas, diferenciándose de éstos en que llevan el manto más corto, y en que cierran la abertura pectoral de la sotana con tres botones de cuero. Se propagaron con rapidez especialmente en los estados de Austria y en Polonia, teniendo hoy aún en Austria-Hungría bajo su dirección muchos Gimnasios y escuelas públicas con unos 18 ó 20.000 alumnos.»

Entendemos que un director del seminario pedagógico de la Universidad de Jena, dado que hubiese olvidado las tradiciones de su país, que no fué por cierto el que menos importunó al fundador de las Escuelas Pías con solicitudes de fundaciones, debía por lo menos conocer unos datos que no se le obliga á buscar en tratados especiales, como habría razón para hacerlo, sino que le ofrece un diccionario tan popular en Alemania, que cuenta ya con 30 ediciones. Quizá pueda explicar esta ignorancia, de otro modo incomprensible, ya ya citada frase de Brockhaus sobre que los Piaristas educan á la juventud en provecho de *su iglesia*. El no pertenecer á la iglesia de los Piaristas, que es la católica, es título suficiente, á juicio de los escritores sectarios, para ignorar y omitir, ya que el fundado temor de ser vergonzosamente desmentidos les impide utilizarlo para negar. De este modo, corriendo un velo sobre antecedentes, que á un racionalista no conviene recordar, constituye el Doctor Rein en principio de su libro un pensamiento, sólo en la forma nuevo, de su correligionario Kant. De moda en España el imbuirse en la Historia escrita según el referido criterio, no nos parece perdido el tiempo invertido en estas observaciones, que podrán utilizar nuestros pedagogos.

Algunos siglos antes que Kant había dicho José de Calasanz que la reforma de la república cristiana consistía en la educación de la niñez, porque de niños bien educados en sus tiernos años hay que esperar hombres buenos en

todo el curso de la vida. Y claro es que con hombres buenos será posible una sociedad buena. (1) Hay que confesar en honor de la verdad que este pensamiento no era original de nuestro Santo. Antes que él lo habían enunciado en diferentes formas los sociólogos que le habían precedido, según él mismo reconoce en el párrafo 2.<sup>o</sup> del proemio de sus Constituciones, apelando en abono de dicho principio al común consentimiento de los Concilios generales, de los Stos. Padres y aun de los filósofos de recto sentir, con modestia que no supieron imitar los que le siguieron. Como ocurre con todas aquellas verdades que son producto fácil del ejercicio espontáneo de la humana inteligencia, es muy difícil, si no imposible, puntualizar la filiación de una idea, que aparece siempre indicada, y á veces teorizada en las obras de carácter pedagógico pertenecientes á las diversas literaturas, siquiera sean tan humildes como la aljamiada de la que conocemos un curioso códice, cuyo autor anónimo se decidió á compendiar en él para uso de los niños la doctrina del Alcoran, porque, dice en el prólogo: «enseñarles en su *chiqueñez* los preceptos de la ley es lo mismo que grabarlos en piedra.» (2) Pero sucede con harta frecuencia que no es el inventor de una idea, quien más partido saca de ella; antes la historia nos presenta como no fácilmente conciliables en un mismo sujeto la virtualidad para concebir y la energía para obrar. Es lo regular que uno invente, y muchos repitan retóricamente la invención, aspirando á una novedad que no alcanza á traspasar los límites de la forma; siendos raros los que se sienten con decisión para traducir en hechos la idea estérilmente repetida, y más raros aún los que saben sacrificarse para darle cuerpo en una institución de carácter permanente, que, resistiendo á las vicisitudes del tiempo, brinde por modos constantes é invariables con sus beneficios á las generaciones que se suceden. ¿Qué ha ganado la humanidad con que Kant le repitiera lo que ya sabía, que el secreto de su perfeccionamiento está en la educación? ¿Qué sacrificios hizo por convertir en realidad aquel enunciado, nuevo en la forma y en el fondo tan viejo como el hombre? La historia dice que fué profesor privado 9 años, y oficial cerca de 50; pero no dice que invirtiera en provecho de la educación la parte de sus honorarios que no consumía la propia sustentación congrua, y en cuanto á sus muchas obras, es problemático si la educación habrá de agradecerse las.

El progreso de la humanidad demanda algo más que repetidores y aun inventores de ideas, demanda héroes. Y la personalidad heroica supone una acción especial de Dios, que da aptitudes heroicas, estímulos y ocasiones para desenvolverlas, abnegación de mártir para sufrir las molestias que su desenvolvimiento ocasione, y firmeza inquebrantable para no sucumbir á los obstáculos que lo dificulten. Calasanz, reuniendo desde sus primeros años á los niños de su edad para explicarles la doctrina cristiana, é invirtiendo en recompensas de la aplicación de los mismos las pequeñas cantidades que de sus padres recibiera para la satisfacción de sus caprichos, preludia ya al generoso pedagogo. Estudiando con el mayor aprovechamiento en las Universidades de Lérida, Valencia, y Alcalá, atesora la suficiencia que reclama una

(1) In hujus diligentis exercitatione Generalia Concilia, Sancti Patres, necnon Philosophi recte sentientes, Reipublicae Christianae reformationem consistere, unanimi consensu adfirmant. Si enim diligenter a teneris annis pueri pietate, et litteris imbuantur, felix totius vitae cursus proculdubio sperandus est. Const. Proem. II.

(2) Códices aljamiados de la biblioteca de las Escuelas Pías de Zaragoza.

misión que todavía ignora. Renunciando al matrimonio, con que pertinazmente le importuna su padre, reserva, sin darse cuenta, para la desvalida niñez los tiernísimos afectos de su corazón. Recibiendo el sacerdocio adquiere, sin sospecharlo, un medio poderoso de influencia sobre sus futuros educandos. Rehusando las dignidades que le ofrecen á porfía los Prelados de España, remueve, sin preverlo, obstáculos que le impedirían llegar á su fin. Todo eso hace en lo que pudiera llamarse el período inconsciente de su vocación; que cuando ésta llega á lo que los modernos psicólogos llaman el umbral de la conciencia, los sacrificios de José son todavía mayores. Una voz interior que le llama á Roma le hace abandonar su patria. Otra voz también interior, llamando su atención hacia un grupo de muchachos que con palabras soeces molestan á los que transitan por la vía pública, le hace arder en deseos de mejorar la condición de aquellos desdichados, cuya admisión solicita personalmente en los diferentes centros docentes de Roma. Desairado en todos ellos á pretexto de que tal pretensión no engranaba en los respectivos estatutos, otra voz interior le hace sospechar que él mismo debe ser el amparo del pobre y la ayuda del desvalido. Y cuando su director espiritual le asegura que tal es su misión, proporci6nase un local, y as6ciase algunos compa6eros, pagando con sus rentas uno y otros en provecho de los niños pobres, quienes desde este momento tienen quien los eduque. La concurrencia progresiva de los alumnos, exigiendo más amplios locales y más numeroso personal docente, encuentra la liberalidad de José dispuesta á sufragar el nuevo gasto, y también el que originan las plumas, papel, libros, alimento y vestido que reciben gratuitamente los más pobrecitos. El evidente provecho de tan original ensayo hace á éste digno de pasar á la posteridad, y su feliz iniciador recibe del Vicario de Cristo el encargo de constituirse él y sus compa6eros en Congregación religiosa. El buen régimen de ésta exige leyes de cuya confección es también encargado José, quien con tal sabiduría determina las condiciones de los aspirantes al propio instituto, los estudios en que los nuevos maestros deben informarse, la norma de vida que dentro y fuera de casa deben observar, el orden de las escuelas, el trato de los niños, el método de enseñanza, el gobierno de los Colegios, y la Constitución jerárquica de la orden, que merece los entusiasmos de los más profundos pensadores. Materia para dos nutridos tomos inspiró al alemán Seyfert la admiración de estas leyes, que recientemente ha llamado el ilustre abogado español, D. Manuel Casanovas, «monumento de previsión y sabiduría, y síntesis acabadísima de los principios en que la ciencia pedagógica se calca.» La nueva corporación se propaga rapidísimamente, solicitada con el mayor empeño por Obispos, Cardenales, municipios, príncipes y soberanos, en términos que hubo de exclamar el afortunado Fundador que, á disponer de 10.000 religiosos, en menos de un mes podría colocarlos en solo el territorio de Alemania. Calasanz dirige con incomparable prudencia su numerosa familia, escribiendo á las diferentes residencias de la misma muchos millares de cartas salpicadas de máximas que bastarían para acreditar á su autor de eminentísimo pedagogo. La frecuencia de las fundaciones relaja un tanto el rigor mandado observar con los pretendientes, haciendo posible el ingreso en la Orden de un individuo que no le hacía ninguna falta, y que, confabulado con quienes no veían con buenos ojos el pasmoso incremento de las Escuelas Pías, juró acabar con éstas, preparando así un horroroso Calvario á quien

no había cometido otra falta sino la de haber sido excesivamente bueno con sus encarnizados enemigos. Y el que había merecido toda la confianza de los Pontífices, y llenado la ciudad de Roma con la fama de sus virtudes y de sus milagros, es conducido ignominiosamente á los tribunales de la inquisición, depuesto del Generalato, obligado á no admitir los innumerables ofrecimientos de fundaciones que se le hacían, y á consentir en la dispersión de sus religiosos, y en la destrucción de su querida Orden. Quien había puesto á servicio de sus ideales, sus riquezas, sus conocimientos y sus esfuerzos, pone ahora su paciencia por la que merece del sucesor de S. Pedro el dictado de «Job de la ley de gracia». Todo esto hace Calasanz en obsequio de su pensamiento pedagógico. ¿Quién de los pedagogos admirados por el Dr. Rein hizo tanto? No basta repetir que para reformar la sociedad hay que educar á la niñez; es necesario sugestionarse con esta idea, consagrándole una larga existencia sobrenaturalmente activa por cierta multiplicación del tiempo, que los fiscales de la beatificación hubieron de declarar milagrosa ante la insistente disposición de numerosos testigos, y dándole perpetuidad por medio de una institución permanente.

Y si á alguien pareciera exagerada nuestra tésis, considerando que anteriormente á la fundación de las Escuelas Pías existían ya centros de educación para los niños, le recordaremos lo que ya dejamos indicado, que, habiéndose presentado Calasanz en todos los Establecimientos de Roma (y cuenta que en Roma tenían su representación todas las instituciones docentes del mundo) suplicando la admisión en ellos de los niños pobres, todos sin excepción le contestaron que no era esta su misión. Hubo, pues, que inventar un Instituto que tuviera esta misión, que fué la característica de las Escuelas Pías, cuya conocida originalidad hizo posible su erección en Orden religiosa. «Entonces, dice Ferrante Aposti, no había escuelas de instrucción primaria que fuesen públicas y gratuitas, y sólo las hubo en 1597 cuando S. José de Calasanz abrió las Escuelas Pías en Roma para instruir á los pobres niños que carecían de educación.» (1) Para los niños pobres fueron principalmente creadas unas escuelas cuyos profesores tomaron el honroso nombre de pobres, según advierte su Sto. Fundador en el párrafo 4.º del proemio de sus Constituciones: «Y porque profesamos ser verdaderamente pobres de la Madre de Dios, de ningún modo hemos de despreciar á los niños pobres, sino con mucha paciencia y caridad procurar adornarlos con toda virtud.»

Notable contraste! En tiempos en que el pueblo nada significaba por la exclusión de que era objeto por parte de las instituciones entonces vigentes, S. José de Calasanz abrió escuelas públicas y gratuitas para los hijos del pueblo. Hoy, cuando el pueblo, en virtud del sufragio universal, está en vísperas de serlo todo, todos se disputan á los hijos del pueblo, halagándolos con instituciones protectoras del mismo. El pueblo juzgará en su buen criterio del desinterés de sus modernos favorecedores, comparándolo con el de quien se acordó de él, cuando él solo era el desheredado, y cuando sólo á él no llegaban los beneficios de la educación. Esta consideración le enseñará á conocer quiénes son sus verdaderos amigos. Los que aspiran á dirigir las modernas sociedades admirarán la intuición de S. José de Calasanz que, alcanzando á comprender la importancia de las muchedumbres en una época en que

(1) Citado por D. M. Casanovas: S. J. Calasanz y su Instituto, pag. 22.

no era fácil sospecharlo, acometió la empresa de educarlas para hacerlas dignas de sus futuros destinos, creando para ellas un instituto permanente y progresivo que activase sus desvelos á medida que se fuesen aproximando á la meta que la moderna democracia les señala. Instruir á los pobres en las letras y en la piedad era en otro tiempo lo mismo que hacer buenos ciudadanos; hoy es lo mismo que hacer buenos legisladores. Si los políticos hubieran comprendido toda la importancia del pensamiento de S. J. de Calasanz, no habría que temer la crisis que hoy preocupa hondamente sus espíritus. Comprenderla será lo mismo que asociarse á la empresa que con admirable previsión encomendó el Sto. Fundador á sus Escuelas Pías.

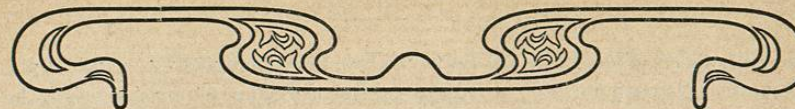
Al llegar á este punto sentimos la tentación de reformar el juicio que, cediendo quizá demasiado terreno, hemos formulado sobre la no originalidad del pensamiento de S. J. de Calasanz. De pedagógico lo hemos calificado, y en tal concepto afirmado su enunciación anterior á nuestro Santo, á quien hemos reconocido todo el mérito de haberlo magistralmente realizado, con la fundación de sus Escuelas Pías. Para no ser injustos, debemos á la luz de las consideraciones que preceden conceptuar con más amplitud aquel pensamiento, proclamando la originalidad del Santo en el aspecto sociológico del mismo. Que la buena educación popular contiene en germen buenos ciudadanos, buenos legisladores, buenos administradores de justicia, buenos gobernantes y, en una palabra, buenas sociedades.

Véase ahora con cuánto sentido humano dijo nuestro Santo que «si los niños desde sus tiernos años son cuidadosamente instruidos en la piedad y en las letras, hay que esperar sin duda alguna que sea feliz el curso de toda la vida».

Y porque la frivolidad de nuestra época confundió la procedencia de las doctrinas y de las obras más beneficiosas para el orden social con injuria de sus verdaderos autores, la justicia demanda volver las cosas al lugar que les corresponde. Y para que no prevalezca sobre la *historia, maestra de la verdad* aquella otra historia que muy propiamente fué denominada *conjuración contra la verdad*, nada más oportuno que divulgar el conocimiento de la vida del insigne Fundador de las Escuelas Pías que con tan noble propósito escribió el virtuoso sacerdote marsellés Timón-David, y que con muy buen acuerdo ha traducido á nuestro hermoso idioma el ejemplar y laborioso escolapio R. P. Dionisio Fierro, Rector que fué de los importantes colegios que la Orden tiene establecidos en Buenos Aires y en Concepción de Chile.

Dígnese el Santo bendecir los generosos esfuerzos de ambos esclarecidos publicistas.

Eugenio Salarrullana.



## Prólogo del Autor



NUESTROS colegas, Padres de la juventud, dedicamos esta vida de San José de Calasanz, Santo apenas conocido en Francia. Según el Breviario Romano, celebramos su fiesta el 27 de agosto. Entre las de los Fundadores más ilustres de las Ordenes Religiosas descuella su estatua colosal en San Pedro de Roma. Y sin embargo, lo mismo él que su importantísima obra han pasado casi ignorados de nuestros historiadores. Los grandes Bolandistas no han escrito su vida todavía, y los pequeños Bolandistas no han hecho más que traducir las noticias del Breviario. Sólo Heliot, en su Diccionario de las Ordenes Religiosas, le ha consagrado algunas columnas, resumen, según creemos, de la compendiada vida escrita por Urbano Tonti. Como sabemos, sorprendido por la muerte, no llegó Darrás en su gran historia sino al siglo XII, y Rohrbacher sólo ha tenido una página para hacer mención de nuestro Santo. Fleury y Henrión no tuvieron noticia de él.

Y es increíble este unánime silencio, porque bien merecía la atención de los historiadores San José, elevado á tanta altura por la grandeza de sus hechos, por lo incontable de sus milagros, y por lo inconcebible de sus tribulaciones. Acaso les asustaron esas mismas tribulaciones, porque no era posible sacarlas á relucir, sin hablar de los que fueron la causa.

Nosotros mismos no nos habíamos preocupado con la historia del Breviario: son en general tan compendiadas, y por consiguiente, tan incompletas esas historias, que no son capaces de llamar la atención de nadie.

Estábamos por primera vez en Roma el mes de agosto de 1860, poco antes del dolorosísimo episodio de Castelfidardo. Al rezar Maitines el día 26, tomamos la resolución de decir la Santa Misa en la Iglesia en que reposan los restos mortales de San José. En el altar mayor celebraba un Cardenal, y entre hachas y blandones estaban expuestos cerca del Tabernáculo el corazón y la lengua de nuestro Santo, conservados incorruptos milagrosamente, como lo dice el Breviario. Perdónesenos la frase, aquel día contrajimos amistad con nuestro Bienaventurado. Más tarde, llegó á nuestras manos el compendio de la vida escrita por el P. Urbano Tonti. Dícese que por su estilo es una obra maestra en la lengua italiana: los Padres de las Escuelas Pías la tienen como libro de lectura en sus Escuelas.

De excepcional interés, verdaderamente piadoso, pero demasiado breve, excitó en gran manera nuestro entusiasmo aquel libro, y nació en nosotros el deseo de tener una vida más extensa, más completa.

En uno de nuestros viajes posteriores supimos que, dispensado de todo otro trabajo en 1748 por el Capítulo General de su Orden, había empleado

cinco años el P. Talenti, de las Escuelas Pías, en compulsar y reunir todos los materiales para escribir la vida de su Santo Padre. Como ya estaba hecho el trabajo, no nos quedaba más que traducirlo para nuestros compatriotas. Mas aquí comenzaron las dificultades. Después de la supresión de las Ordenes Religiosas en Roma, fueron entregadas á una verdadera rapiña las Bibliotecas de los Conventos. Con el pretexto de reunir todos los libros en la Casa de Jesús, para formar una gran Biblioteca Nacional, permitieron infieles é ineptos empleados que desaparecieran las obras más preciosas, saliendo en ello gananciosos sólo los judíos. Día llegará en que se reconozcan las irreparables pérdidas que para la ciencia tienen estas revoluciones. En vano pedimos á todos la baratillos que nos buscasen á Talenti; en vano pusimos á contribución la solicitud abnegada de nuestros mejores amigos: el precioso ejemplar no se veía por ninguna parte. ¿Seríamos más felices en España, donde tan floreciente está la Escuela Pía? De ningún modo. Quedaban las Escuelas Pías de Roma. En San Pantaleón, Casa-madre de todo el Instituto, había un solo ejemplar que servía para la lectura del Refectorio; en el Colegio Nazareno, cerca del Quirinal, encontramos otro: aquellos Padres no consintieron en prestárnoslo. Ofrecimos como garantía una cantidad respetable; empleamos todas nuestras influencias; hasta conseguimos la promesa de darnos un Rescripto de dispensa para poder sacarlo de la Biblioteca durante algunos meses; todo fué inútil: permanecieron inexorables los Superiores. Parecía resuelto el demonio á no dejarnos publicar esta obra. Complaciente hasta el extremo estuvo con nosotros el Bibliotecario de la Minerva; pero en aquella tan inmensa y tan rica colección no se hallaba esta Vida. En Jesús, no hubiera bastado la vida de un hombre para hallar el volumen en aquella barahunda sin orden ni concierto.

Lo que jamás pudimos alcanzar de los Escolapios nos lo consiguió un judío de estado y religión. A peso de oro nos cedió las dos terceras partes de un ejemplar que procedía precisamente del robo efectuado en San Pantaleón, como lo indicaba la etiqueta puesta en la primera página. Un copiante nos proporcionó lo demás: pero bien poco habíamos adelantado. Aquel volumen en 4.º no era más que una indigesta compilación cronológica de todos los hechos de la vida de S. José. Los franceses no podían acomodarse á su lectura. En lugar de seguir el orden lógico de los sucesos, sigue Talenti el orden de los hechos, de suerte que la relación más interesante, si no se concluye en el mismo día, vuelve á repetirse cincuenta páginas después, viniendo á terminarse en otro libro: y esto es verdaderamente intolerable. A pesar de todo, esta compilación tan indigesta es tan completa, como pueda desearse: el amor filial no ha omitido, no ha olvidado nada. Tuvo á su disposición todos los Archivos de su Orden, más de tres mil cartas autógrafas de San José, y la copia de más de otras tres mil: consiguió todas las Actas del proceso de Beatificación, todas las deposiciones de testigos juramentados; en una palabra, todos los elementos de la más verídica y de la más concienzuda historia. En fin, publicóse su obra con las más solemnes aprobaciones, en la misma Roma, en presencia de los actores de un drama tan difícil de relatar, ó de los legítimos sucesores de aquellos actores (1).

(1) Este libro, aprobado por el General de las Escuelas Pías, examinado por dos censores, uno Servita y otro Dominicó, lleva el *Imprimatur* del Vicegerente, y del Maestro del Sacro Palacio.

Lo confesamos, hemos desconfiado algo de la imparcialidad del autor. Es cierto que guarda moderación extremada al tratar de los adversarios de su Instituto, y que se apoya en testimonios irrecusables; pero hubiéramos querido compararle con otros escritores. Por desgracia, no existen, ó á lo menos no hemos podido encontrarlos. Entregamos, pues, este modesto trabajo á toda clase de rectificaciones: el deber del historiador es la veracidad: quien lo ponga en el camino de la verdad, le prestará excepcional obsequio: más que nadie sabremos reconocerlo nosotros.

Quiera el lector aceptar nuestras modestas excusas. En el momento en que íbamos á poner manos á nuestro trabajo, ha permitido Dios que perdiéramos parte de la vista, quizá la suficiente para renunciar á emprender labor semejante. Empeñados en nuestra obra, hemos podido escribirla, pero no nos ha sido posible corregirla.

Tendrá en la forma todas las imperfecciones de un esbozo, y no dejará de ser gran ventaja para la misma, porque, olvidando al escritor, toda la atención se fijará en este admirable Padre de la juventud, digno de servir de ejemplo á todos los que quieran seguir sus huellas en la santificación de los niños y de los jóvenes.

## Introducción

**U**ANDO acababa de morir en la Cruz nuestro Señor Jesucristo, según el relato de San Juan, llevado de sobrenatural impulso precipitóse un soldado sobre el cuerpo exánime del Salvador, y de una lanzada abrió su divino costado. Al punto salió sangre y agua. Fijase el Evangelista en este hecho que parece no tener importancia superior á la que tienen los otros tormentos de la Pasión, y afirma que lo que cuenta lo ha visto con sus propios ojos, que su testimonio es irrecusable, y quiere que se le crea. «Uno de los soldados abrió el costado con una lanza, y salió luego sangre y agua. El que lo vió dió testimonio, y verdadero es el testimonio de él. Sabe que dice verdad para que vosotros también creáis.» (1)

Unánime es la tradición católica en la interpretación de ese suceso tan especialmente señalado por el más amado de los Apóstoles. Del costado entreabierto de nuestro Señor Jesucristo salió la Iglesia, radiante de hermosura. Hacía algún tiempo que le había dado un jefe en la playa del Mar de Tiberiades, y acababa de darle una Madre: sólo le faltaba el soplo del Divino Espíritu para lanzarla el día de Pentecostés á la conquista del mundo. Se le comunicó en la Cruz y con la Sangre de la adorada Víctima, la santidad, que es el carácter distintivo de la Iglesia; y San Pablo pudo enseñar esta verdad de fe: «Amó Jesucristo á la Iglesia, y por ella se entregó á sí mismo para santificarla, purificándola con el bautismo de agua por la palabra de vida, para presentarla á sí mismo Iglesia gloriosa que no tenga mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que sea santa y sin mancilla.» (2)

Sin embargo, la Iglesia, divina en su origen, milagro permanente de perpetuidad, de visibilidad, de unidad, de santidad, tiene un lado humano en los miembros que la componen. La gracia es auxilio sobrenatural, que deja intacta la libertad: pueden por consiguiente rechazarla, despreciarla, serle infieles todos; unos por malicia, por odio á Dios, por orgullo, por rebelión, como los herejes y los cismáticos: otros por debilidad, por cobardía, por la mezcla adulterina del espíritu del siglo con el espíritu de Cristo, como los mundanos, «Tan inclinada al mal está la naturaleza humana desde su ori-

(1) *Unus militum lancea latus ejus aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua. Et qui vidit testimonium perhibuit, et verum est testimonium ejus. Et ille scit quia vera dixit, ut et vos credatis. (San Juan XIX. 34, 35).*

(2) *Ut exhiberet ipse sibi gloriosam Ecclesiam, non habentem maculam, aut rugam, aut aliquid hujusmodi, sed ut sit sancta et immaculata. (Efes. V. 27).*

gen», (1) que se ha llegado á trastornar el plan de la Redención. Con esta infalibilidad de la malicia original han contado en todo tiempo los corruptores de los pueblos, para pervertir á los individuos y aun á las naciones. Mas no perecerá la Iglesia á pesar de todos los esfuerzos del infierno y de sus secuaces, ni á pesar de todas las flaquezas, más peligrosas aún, de sus propios hijos. Vela Dios por su conservación eterna, y la historia de sesenta siglos revela esa admirable disposición de la Providencia. «La Sabiduría alcanza de fin á fin con fortaleza, y lo dispone todo con suavidad.» (2) Es un Drama en tres Actos que se repite constantemente en los mismos términos y de la misma manera, desde la creación de Adán hasta el fin del mundo. Primero es un estado de santidad y de felicidad, que alcanza á casi toda la sociedad: y de esa felicidad sobrenatural viene á resultar hasta la prosperidad material. Se desenvuelve, se desarrolla, se extiende por doquiera todo lo que es bueno y hermoso. Al lado de los grandes Santos viven los grandes literatos, los grandes sabios, los grandes artistas que llevan á todas partes lo que se llama verdadera civilización. Y éste es el primer Acto. Pero de esta misma felicidad nace la propensión á degenerar, la sociedad se perfecciona, mientras hay lucha, esfuerzo, trabajo, combate. Llegada á la cumbre de la felicidad, si es que hay felicidad en el mundo; comienza á descender, bastando menos de cien años para destruir la obra de los siglos anteriores. Y es el segundo Acto del drama. Todavía hay Santos, que, dicho sea de paso, jamás han de faltar en la Iglesia; pero son ya menos numerosos: en atmósfera tan oscura aparece más débil su brillo, presentándose casi nula su influencia en una sociedad que no alcanza á comprenderlos. La verdad permanece intacta; en sus manos tiene todavía la antorcha de la fe el Pontífice Soberano siempre infalible; y siguen los pueblos desdeñando su luz resplandeciente. «La luz en las tinieblas resplandece; más las tinieblas no la comprendieron.» (3) Ha llegado la época de que habla el Espíritu Santo: «Han venido á menos las verdades entre los hijos de los hombres.» (4) Propágase el error con asombrosa facilidad; pero en su misma propagación lleva el castigo que ha de corregir á los culpables, y los ha de conducir á Dios.

Comienza entonces el tercer Acto: es la época de los grandes cataclismos, abundante en toda clase de apostasías, fértil en todo género de crímenes, y que nosotros llamamos con un nombre especial, REVOLUCIÓN; Revolución verdadera, en efecto, que obliga á los hombres á volver á su punto de partida, esto es, al Dios que habían abandonado. Desembarazada la Iglesia de sus miembros gangrenados, recobra nuevo vigor: *renuévase su juventud como la del águila.* (5) Se hacen más activos, más fervorosos sus ministros, al mismo tiempo que se despierta su celo, soporizado en el tiempo de la prosperidad, y resucitado por la persecución. *Todo está preparado para ser restablecido, y ellos lo restablecen todo.* (6)

En gran número se reforman los fieles; ¡han sufrido tanto! Ya no existe aquel espíritu de administración y de rutina que ataba á los buenos con la-

(1) *Sensus enim et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua. (Gen. VIII. 1).*

(2) *Atingit á fine usque ad finem fortiter, disponit omnia suaviter. (Sabiduría VIII. 1).*

(3) *Et lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt. (S. Juan I.)*

(4) *Diminutæ sunt veritates a filiis hominum. (Salmo XI. 2).*

(5) *Renovabitur ut aquilæ juvenus tua. (Salmo CII. 5).*

(6) *Instaurare omnia in Christo. (Efes. I. 10).*